

ba humedecida. Como se frataba de ganar la delantera á los ingleses, cuyo desembarco se temía, el condestable quiso marchar directamente al Norte, pasar el Lys, para ocupar la llanura entre Ipres, Brujas y Gante, y cortar las comunicaciones entre las tres grandes ciudades. Los ganteses guardaban el solo paso practicable sobre el Lys, en Comines, cuyo puente se había destruído. La temeridad de algunos señores franceses y bretones, que atravesaron el río en malas barcas, distrajo la atención de los ganteses; durante este tiempo se ocupó y se reparó el puente de Comines, y el condestable pasó con toda la vanguardia. En la noche del 20 de noviembre, el ejército real estaba en la orilla izquierda. Al día siguiente Ipres se sometió y entregó su artillería.

Artevelde había creído que el rey no podría franquear el Lys. A la noticia del paso del río, se adelantó al Sur de Brujas hasta Roosebeke. Allí hizo alto en una pequeña colina, que cubrió de trincheras; tenía á sus órdenes cerca de cuarenta mil flamencos y algunos arqueros ingleses, ejército incoherente y sin experiencia. El 27 de noviembre, antes de amanecer, Artevelde dispuso su ejército en triángulo compacto, sin ninguna articulación; nueve mil ganteses ocupaban la altura con una artillería formidable. Con estas mismas disposiciones los ganteses habían vencido en Beverhoutsveld.

Con el día se había levantado «una niebla tan grande y tan espesa y tan continua, que apenas se veía á una arpent de distancia.» Cuando se disipó la niebla, los flamencos atacaron, gritando tan fuerte «que no se hubiera oído á Dios tronar;» su grueso cuerpo de ejército, que «marchaba todo apretado y á buen paso,» desordenó la primera fila del centro del ejército del rey «como jabalí completamente furioso.» Pero las dos alas del ejército real se replegaron sobre esta masa, la cogieron como en un tornillo y la aplastaron. Los caballeros con sus hachas «rompían bacinetes y destrozaban cabezas;» después venían los criados, que remataban á los heridos; «no tenían piedad de los mismos, como si fuesen perros.» La mayoría de ellos, sin embargo, murieron sofocados, ya en el mismo sitio, ya en un valle pantanoso por donde los sobrevivientes trataron de escapar. Veinticinco mil flamencos sucumbieron. Entre los muertos se contaba Artevelde, que había sido «extinguido en la prensa;» el conde de Flandes hizo colgar su cadáver. Se prohibió enterrar los muertos «como gentes impías contra Dios y su rey y su señor, y fueron comidos por los perros y muchos grandes pájaros.»

La batalla de Roosebeke tuvo por resultado inmediato la sumisión de Brujas. La ciudad prometió obedecer á los oficiales reales que se enviaran á la misma, aceptó la jurisdicción del Parlamento, renunció á toda alianza con los ingleses y se comprometió á pagar una multa de 120.000 francos. Pero el rey, antes que todo, había exigido la adhesión de los habitantes de Brujas al papa Clemente; se les habían señalado seis días para cambiar de obediencia, y no tuvieron más remedio que someterse. Carlos VI no se dignó entrar en la ciudad.

Parecía natural que el ejército marchase sobre Gante; pero el rey se contentó con enviar heraldos portadores de una carta intimando á los ganteses á que fueran á justificarse. Después fué en 1.º de diciembre á Courtrai;

quería recuperar en la iglesia de Nuestra Señora las escuelas doradas que los flamencos habían arrancado en 1302 á los caballeros franceses, y buscar en la casa del ayuntamiento las cartas «muy malas y muy sediciosas» que se acusaba á los parisienses de haber escrito á los municipios flamencos. La ciudad fué incendiada y destruída. A Courtrai envió Gante sus diputados; pero como el rey reclamaba una multa de 300.000 francos y la adhesión á Clemente VII, los ganteses no pudieron decidirse á tratar. Se estaba entonces en los peores días del invierno; el joven rey ya tenía bastante de esta campaña; el conde de Flandes estaba descontento de ver que los franceses eran los dueños en su país. Carlos VI regresó á Francia por Tournai.

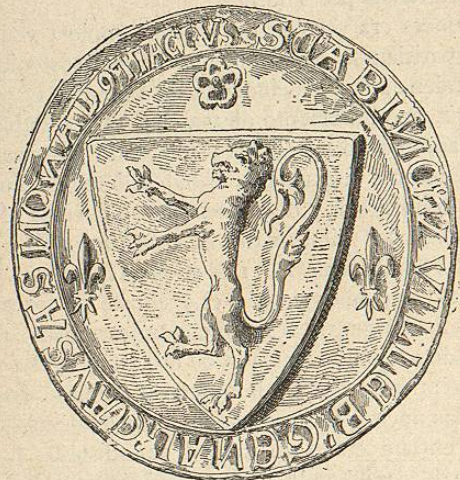
Entonces era ocasión de tomar completa venganza de los parisienses. Se decía que habían sostenido correspondencia con las ciudades de Flandes; el pueblo de París, en el momento de marchar el rey, había «refunfuñado mucho;» se habían celebrado reuniones secretas; durante la campaña se había detenido un convoy de municiones y de víveres que se enviaba al ejército real. En los primeros días de 1383 Carlos VI llegaba á Saint-Denis. El 11 de enero, á la puerta de Saint-Denis le esperaban el preboste de los mercaderes y los burgueses vestidos con trajes nuevos; habían levantado un palio recamado de oro para hacerle como un dosel; pero se les dió la orden de retirarse. Las hojas de las puertas fueron echadas al suelo, de modo que el rey entrara como en ciudad conquistada; llevaba consigo doce mil hombres de armas. Mientras Carlos VI se dirigía á Notre-Dame y después al Palacio, el mariscal de Sancerre ocupó el Petit-Pont y Clisson el Grand-Pont.

Aquel mismo día y la noche siguiente, Juan des Mares, Guillermo de Sens, presidente del Parlamento, tres camareros de Carlos VI, abogados y notarios del Châtelet, mercaderes, más de trescientos burgueses fueron encerrados en la cárcel. Dos ricos pañeros y un platero fueron decapitados en 12 de enero. El 13 todas las cadenas de las calles fueron llevadas á Vincennes. Se pregonó por toda la ciudad que los habitantes tenían que entregar las armas. El 19 fué ejecutado un anciano, Nicolás *el Flamenco*, quien, aunque había tomado parte en la muerte de los mariscales, había sido perdonado en 1358 por la justicia del delfín. El mismo día se establecieron nuevos impuestos. No se había pensado en reunir los Estados; hasta se había tratado en el Consejo de fijar la perpetuidad de los subsidios reuniéndolos á los dominios reales, y de hecho se cobraron con regularidad en los años siguientes.

La duquesa de Orleans, la Universidad de París, las burguesas, «enteramente vestidas de negro,» imploraron inútilmente la clemencia real. El 27 de enero, el rey, presidiendo una sesión en el Palacio de Justicia, hizo leer por Pedro de Orgemont un acta del Parlamento que suprimía el prebostazgo de los mercaderes y abolía los privilegios de los parisienses; la jurisdicción del preboste de los mercaderes se transfería al prebostazgo real; ya no habrá en adelante maestros elegidos por los oficios, que serán reemplazados por prohombres de la elección del preboste real; los alcaldes de barrio, cincuentenarios y diezneros quedan suprimidos; se prohíbe toda asamblea de cofradía ó de oficio, excepto para ir

ó volver de la iglesia; en fin, la casa de la villa, donde estaba instalado el Prebostazgo de los mercaderes, se entrega al preboste del rey.

En febrero continuaron los castigos. Los más favorecidos tuvieron que satisfacer multas enormes que les arruinaron y permitieron pagar á los capitanes del ejército de Flandes. Además «cada día se cortaba la cabeza á tres ó cuatro.» Juan des Marés había sido uno de los primeramente detenidos, y aunque tuviera derecho al privilegio de clericatura, lo había retenido la justicia real. Había sido en las turbulencias pasadas un mediador afortunado entre el rey y sus súbditos; pero justamente se le guardaba rencor por sus buenos oficios y



Sello de Bergues

por su popularidad. Sobre todo los príncipes no le perdonaban el haber sostenido, después de la muerte de Carlos V, los derechos del duque de Anjou á la regencia. En 28 de febrero fué sacado del Châtelet con otros quince burgueses, y fueron llevados al Mercado en una carreta. Juan de Marés preguntaba: «¿Dónde están los que me han juzgado? Que se presenten y me demuestren la causa y razón porque me han condenado á muerte.» Se negó á pedir perdón al rey y, delante de la multitud que lloraba, murió muy valientemente. Por fin, en 1.º de marzo de 1383, se convocó á los parisien- ses en el patio del palacio. Carlos VI estaba rodeado de sus tíos. Pedro de Orgemont recordó todos los delitos de los burgueses, después anunció que el rey concedía un perdón general; sin embargo, cuarenta personas quedaban todavía exceptuadas del indulto.

La represión se extendió á las principales ciudades del Norte del reino. A Ruán, á pesar de que la villa había sido ya castigada y perdonada, se enviaron comisarios reales; los ruaneses, creyéndoles encargados de una misión de paz, los aclamaron. Tres días después se encarcelaba á trescientos burgueses. Se enviaron á París diputados para implorar la merced del rey. Una letra de Carlos VI ordenó que se soltara á los prisioneros en razón de la gracia concedida el año precedente; pero los comisarios se negaron á cumplir la orden, con pretexto de que la corta sedición de 1.º de agosto de 1382 había destruído el efecto del perdón. Los procesos siguieron adelante; los más comprometidos fueron condenados á muerte, pero pudieron rescatarse á muy alto precio. La ciudad entera pagó, por los dos motines, una multa de

60.000 libras. Se abolió el municipio y el comercio quedó arruinado.

Parece que todo lo que podía oponerse á la autoridad real entonces capituló. Después de la muerte de Carlos V, la Universidad había querido obrar con independencia: en la cuestión del cisma se había pronunciado en favor del concilio, con gran irritación de los príncipes, y se había negado á declarar heréticos y cismáticos á aquellos que no reconocían á Clemente VII como verdadero papa. Entonces un maestro en teología fué encerrado en el Chatelet, y se dió orden á la Universidad de no hablar de papa ni de concilio. No obedeció en seguida; el canciller de Notre-Dame y el de Santa Genoveva conferían licencia de enseñar en nombre de papas diferentes; muchos maestros, casi toda la nación inglesa, emigraron. Pero cuando el rey hubo regresado de Flandes, la Universidad se vió obligada á someterse: reunida en 3 de febrero de 1383, renovó su adhesión á Clemente VII, la cual se remitió á Aviñón y se difundió en toda la cristiandad.

Faltaba castigar el Mediodía. Todo se pagó á la vez. Una asamblea de las comunidades del Langüedoc, reunida en Lyon, en julio de 1383, por lo demás poco numerosa, restableció los subsidios bajo las amenazas que les hicieron y por sorpresa. Las gentes del rey y del duque de Berri fijaron en 800.000 francos la multa que el Langüedoc debía pagar para rescatar sus maldades. El plazo era de cuatro años: 468.000 francos debían recaudarse en todas las senescalías y además 332.000 en las localidades más comprometidas. Para el pago de la multa, las grandes ciudades como las pequeñas fueron agobiadas por los fogajes: tal localidad por siete fuegos pagó 148 francos, tal otra por diez fuegos 245 francos. En Tolosa fué preciso establecer un impuesto suplementario de diez dineros por cada libra de carne. Era esto comprar muy caro el perdón general que el rey y el duque de Berri tuvieron á bien conceder en 8 y en 9 de marzo de 1382. El Langüedoc no había sufrido tamaños rigores desde la cruzada de los albigenses.

#### IV.—La paz de Flandes

En Flandes, donde la victoria de los franceses era para la política inglesa una desgracia y un peligro, el rey de Inglaterra encontró medio de enviar un ejército sin comprometerse ni gastar mucho dinero. El papa Urbano VI llamaba á sus partidarios á la cruzada contra los clementinos. En Inglaterra se dirigió á Enrique Despenser, obispo de Norwich, hombre más de guerra que de iglesia, como lo había demostrado en la represión de una revuelta de los campesinos. El Parlamento celebrado en Westminster, en 23 de febrero de 1383, y sobre todo los Comunes, aprobaron mucho un proyecto de expedición al continente, cuyos gastos debían costearse, en gran parte, con el dinero de la Iglesia (1).

El obispo de Norwich penetró en Flandes por Calais. Era extraño que una cruzada, pedida por Urbano VI para combatir á los partidarios de Clemente VII, invadiera Flandes, país muy urbanista. Pero la cruzada no era más que un pretexto: estos ingleses venían para

(1) Sobre esta expedición véase á Wrong, *The crusade of 1383, 1892*, y Skalweit, *Der Kreuzzug des Bischofs Heinrich von Norwich im Jahre 1383, 1898*.

restablecer la influencia inglesa. Batieron á los hombres de armas del conde el mismo día de San Urbano, recibieron de Gante socorros considerables, entraron en Dunkerque, en Bergues, en Burburgo, en Cassel, y pusieron sitio delante de Ipres. Allí el obispo empleó todas las armas temporales y espirituales, la artillería, la zapa, la excomunión. Después de un asalto infructuoso, intentado en 10 de agosto, se retiró al saber que se aproximaba un ejército francés.

goña tenía prisa de librar á Flandes de los franceses. Es que estaba próximo el día en que iba á heredar. Luis de Maele, viejo y contristado, murió efectivamente en Omer el día 30 de enero de 1384. 1384

En aquel momento, unas treguas, concertadas en Leulinghen, habían suspendido las hostilidades con los ingleses, al principio hasta 29 de septiembre de 1384 y después hasta 1.º de mayo de 1385. Desde que recibió la noticia de la muerte de su padre político, Felipe



Embajada de los ganteses al conde de Flandes. (De un manuscrito. Biblioteca Nacional, París.)

Luis de Maele, en efecto, se había dirigido nuevamente al rey de Francia, y el duque de Borgoña no había tenido gran trabajo en decidir á su sobrino á emprender una nueva campaña. En 2 de agosto Carlos VI partió para reunirse con sus tropas en Arrás. En los dos ejércitos había un gran número de sacerdotes y de monjes. Clemente VII y Urbano VI, cada uno por su parte, habían levantado para ellos la prohibición de llevar armas. Los franceses entraron en Cassel, en Bergues, en Burburgo. El duque de Bretaña, que figuraba en el ejército de Carlos VI (1), entonces se interpuso. El obispo de Norwich, refugiado en Gravelinas, consintió en evacuar la plaza mediante dinero, y volvió á marchar á Inglaterra. La conclusión parecía ser para el ejército francés una tentativa sobre Calais; pero nadie pareció haber pensado en tal cosa. El duque de Bor-

*el Atrevido*, después de haber conferenciado con el rey en París, partió para el Norte. En Lilla se hicieron las exequias del conde en el mes de febrero con gran solemnidad; el duque de Borgoña se mostró en ellas muy reconcentrado y receloso. Después visitó las ciudades flamencas que habían permanecido fieles, Ipres, Brujas, Damme, la Esclusa. En tres meses estableció su autoridad en la mayor parte del condado y hasta obtuvo subsidios para la guerra. En cuanto á la restitución de Lilla y de Douai á la corona de Francia, secretamente prometida por él cuando casó con Margarita de Flandes, ni remotamente pensó en realizarla.

En el mes de enero de 1385, los ganteses, que se habían puesto desde hacía algunos meses bajo la protección del rey Ricardo y habían levantado la bandera de Inglaterra, recibían en su recinto á un 1385 caballero inglés, que fué instituído capitán de la ciudad. Con el refuerzo que éste había traído, el capitán gantés Francisco Ackermann atacó á Brujas, que no pudo tomar; pero el 14 de julio de 1385 se apoderó del puerto

(1) Después de la muerte de Carlos V se había hecho la paz en Bretaña. Juan IV se había convenido fácilmente con los tíos del rey mediante condiciones muy suaves en 15 de enero de 1381; pero esto, en verdad, no se había hecho sin segunda intención.

de Damme, que era su puerto de depósito. Cuando Carlos VI recibió esta noticia estaba en Amiens, donde celebraba su casamiento. Desde fines de 1384 se habían hecho grandes preparativos en la Esclusa para un desembarco en Inglaterra. El ejército reunido para esta expedición fué llevado delante de Damme, cuyo sitio, comenzado en la época más calurosa del año, ocasionó al ejército francés grandes penalidades. El rey entró en Damme el 28 de agosto, por haberse retirado los ganteses después de haber esperado inútilmente nuevos socorros de Inglaterra; la villa fué saqueada y medio incendiada. El país de los Quatre-Métiers, enteramente al Norte de Flandes, que se había visto libre de las invasiones precedentes, fué asolado; después de lo cual, como era demasiado tarde para emprender nada contra Gantes y el rey quería volver al lado de la joven reina, se aplazó todo para el año siguiente.

Pero antes de fin de año se había hecho la paz en Flandes. La guerra duraba hacía seis años; toda Flandes sufría por causa de la misma. En cuanto á la alianza inglesa quedaba demostrado que no podía contarse con ella: los ingleses llegaban siempre tarde y volvían á marchar muy pronto. En fin, desde 1385, el amo de Flandes era el duque de Borgoña, sostenido por el feudalismo de los Países Bajos y principalmente por Carlos VI y todas las fuerzas de Francia. Lo mejor que podían hacer los municipios flamencos era reconciliarse con él. Dos burgueses de Gante, «de linaje mediano,» un batelero y un carnicero, asociados á un caballero, iniciaron negociaciones secretas con Felipe *el Atrevido*, quien había ya manifestado á los ganteses sus buenas disposiciones. En efecto, acogió muy bien las primeras proposiciones y lo hizo saber por cartas abiertas y por cartas reservadas, «muy bondadosas y muy amables para los de Gante.» El pueblo de Gante se pronunció por la paz. Tournai fué el lugar elegido para las negociaciones definitivas. La embajada flamenca, que contaba ciento cincuenta personas, desplegó un lujo tal que á los franceses les causó sorpresa y envidia. Después de trece días habían llegado á un acuerdo, excepto en un punto: el duque quería que los diputados de Gante le pidiesen perdón de rodillas; ellos se negaban. En vez de ellos se arrodillaron la duquesa de Brabante y la condesa de Nevers, y obtuvieron de Felipe, á fuerza de súplicas, el perdón de su buena villa de Gante; los diputados «no tuvieron nunca á bien doblar la rodilla.»

Por todo y para todos hubo gracia. Los privilegios, franquicias y usos de Gante y de las ciudades aliadas cuyas fueron garantidos. El duque prometió no acuñar más que moneda de buena ley y nombrar solamente oficiales nacidos en el país. Con respecto al cisma, los ganteses, á fuerza de insistencia, obtuvieron del duque el compromiso «de no obligarles á nada contra sus conciencias y la salvación de sus almas.» Tan luego como se juró el tratado, el júbilo estalló en todas partes; las campanas se echaron á vuelo. El 21 de diciembre se publicó la paz en todo Flandes. En 4 de enero de 1386, Felipe *el Atrevido* y Margarita de Flandes se presentaron á las puertas de la ciudad é hicieron su entrada en la misma; los últimos juramentos se cambiaron mutuamente poco después.

Aquí termina un período de la historia de Flandes. Este país no ha podido constituir su independencia ni

su unidad; obedece á un príncipe extranjero y continúa siendo un país dividido en ciudades, cada una de las cuales defiende lo mejor que puede sus intereses y sus privilegios, exclusivamente para sí. Además en cada ciudad persiste el conflicto entre los oficios y la burguesía, puesto que ninguno de los dos partidos había logrado triunfar definitivamente del otro, si bien los oficios habían obtenido notables ventajas. Los duques de Borgoña van á poner orden en aquella región políticamente confusa: organizarán un gobierno y sacarán grandes recursos; pero su dominación acabará la obra comenzada por los disturbios del siglo XIV: la traslación de la vida política, industrial y comercial hacia el Brabante y la Holanda.

Estos años de 1380 á 1385 constituyen un período de esfuerzos revolucionarios. En Inglaterra los campesinos se sublevaron contra los grandes propietarios; en la Francia del Mediodía y del Norte, las gentes de oficio se alborotaron contra los cobradores de impuestos del rey ó del conde, y hasta también alguna vez contra los burgueses. En París y en Flandes la burguesía contuvo tanto como le fué posible el movimiento «comunal.» Fué, sobre todo, la insurrección de aquéllos sobre quienes pesaban gravosamente el orden social y el gobierno, pero fué una insurrección desordenada. Se observa bien en ella el contagio del ejemplo; pero, en suma, los revoltosos obraron aisladamente y sucumbieron bajo la coalición, siempre pronta á realizarse, de las fuerzas reales y feudales.

### CAPÍTULO III

#### EL REY, SUS TÍOS Y SU HERMANO (I)

I. El duque de Anjou y la Italia.—II. La política del duque de Borgoña.—III. Los Marmosets.—IV. El duque de Turenna y la Italia.—V. La locura del rey.—VI. La paz con Inglaterra.—VII. La cuestión de Génova.—VIII. El cisma y la substracción á la obediencia.

#### I.—El duque de Anjou y la Italia

Las conquistas de Carlos V habían destruído el tratado de Calais y la guerra no hacía más que languidecer en las fronteras. Príncipes de flores de lis, señores y caballeros, habían adquirido, en las largas campañas contra los ingleses, la costumbre y el gusto de las aventuras. Toda esa gente era incapaz de vivir tranquilamente. Para contenerla, ó emplearla, ó dirigir la, se hubiera necesitado una mano poderosa, y el rey era un niño. Sus tíos no se preocupaban más que de sus ambiciones particulares. Los duques de Anjou y de Borgoña se empeñaron, cada uno para sí, en las empresas que convenían á su política (2).

(1) FUENTES.—Véanse las indicadas en la página 516.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Wallon, *Richard II*, 1864. Trevelyan, *England in the age of Wycliffe*, 1899. Himly, *Histoire de la formation territoriale des Etats de l'Europe centrale*, 1876. Lindner, *Geschichte des deutschen Reichs unter König Wenzel*, 1880, y *Deutsche Geschichte unter den Habsburgern und den Luxemburgern*, II, 1893. Leroux, *Recherches critiques sur les relations politiques de la France et de l'Allemagne de 1378 á 1450*, 1893. Durrieu, *Les Gascons en Italie*, 1885. N. Valois, *La France et le Grand Schisme*, 1896. Cipolla, *Storia delle Signorie dal 1313 al 1530*, 1881. Perrens, *Histoire de Florence*, VI, 1883.

El duque de Anjou buscó fortuna en Italia. Italia, fraccionada en principados y en repúblicas, casi todos enemigos entre sí, era una región abierta á las intrigas y á las codicias del extranjero.

Al Norte, Venecia permanecía aislada, mezclándose lo menos posible en los asuntos generales, muy ocupada en su política comercial y sobre todo en sus luchas contra Génova. Génova, bajo su gobierno popular, vivía en un estado permanente de anarquía. Florencia, gobernada entonces por una oligarquía, era rica y poderosa; en Toscana acababa de dominar á sus vecinas, Arezzo, Luca, Pisa y Siena; en el exterior seguía una política recelosa, fecunda en expedientes. Florencia había reconocido al papa de Roma, pero no le sostenía mucho. Con respecto al rey de Francia, le profesaba una viva amistad, por lo demás casi siempre platónica. Sus relaciones con el duque de Borgoña eran excelentes: los mercaderes florentinos, los embajadores de la república que iban á París ó á Flandes ó á Inglaterra, pasaban por la Borgoña; florentinos en gran número estaban establecidos en las grandes ciudades de los Países Bajos; y hasta el duque de Borgoña concedía entonces toda su confianza á una familia toscana, los Rapondi de Luca.

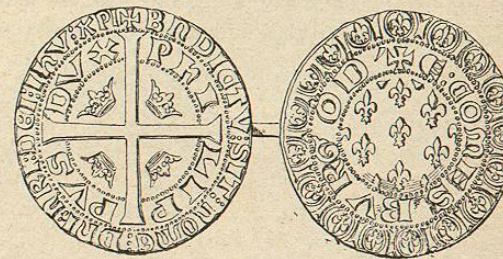
En Milán, Juan Galeas Visconti y su tío Bernabó habían, durante muchos años, gobernado juntamente. Bernabó era poderoso, cruel, muy temido; su riqueza le había procurado muy buenas alianzas de familia: dos de sus hijas habían casado con los duques Federico y Esteban de Baviera. Su sobrino Juan Galeas, el político más cínico de su tiempo, le hizo envenenar en 18 de diciembre de 1385, y de este modo llegó á ser el único señor del Milanesado. Era para Florencia el gran enemigo. Hacía la corte al rey de Francia, y atendía de una manera muy hábil al papa Clemente, sin reconocerlo públicamente; en Alemania solicitaba los favores de la casa de Luxemburgo, á fin de obtener del emperador el título de duque de Milán.

La confusión y el desorden eran grandes en el Centro y en el Sur de la península. El papa italiano Urbano VI reinaba en Roma, donde se daba á conocer como un terrible soberano; declaraba cismáticos y heréticos á sus adversarios, bien fuesen príncipes, reyes, sacerdotes ú obispos; hizo atormentar y después desaparecer á cardenales que querían darle curadores. El papa francés, Clemente VII, echado de Nápoles por los napolitanos, había tenido que refugiarse en Francia y había entrado pomposamente en Aviñón el 20 de junio de 1379. Pero una parte del Estado pontificio quedaba en poder de sus partidarios: el prefecto de Roma, Francisco de Vico, era dueño de Viterbo y de Civitavecchia; Rinaldo Orsini se mantenía en Umbría, en Orvieto, en Espoleto, en Corneto, y llevaba el título de rector del patrimonio en nombre de Clemente VII. Y varias partidas de *routiers* bretones, gascones ó de otros países ocupaban pequeñas localidades y guerreaban en territorio pontificio.

El papa Clemente había comprendido que solamente le quedaba abierto un camino para recobrar á Roma, «la vía de hecho,» como así se la llamaba, es decir, la fuerza. Se había concertado, en los últimos tiempos del reinado de Carlos V, con Luis de Anjou; le había prometido cortar para él en los Estados de la iglesia un «reino de Adria» y le había proporcionado la herencia de la reina

Juana de Sicilia, señora de Nápoles y de la Provenza.

Desde aquel momento, Luis se había preparado para recoger esta herencia. Pero Carlos de Durazzo, príncipe angevino (1), educado en la corte de Nápoles, á quien Juana había casado con una de sus sobrinas y que esperaba sucederle, se insurreccionó, unió su causa á la del papa Urbano, recibió de él la investidura del reino, entró en Nápoles é hizo morir por asfixia á la vieja reina en 1382. Fué entonces cuando el conde de Anjou, ayudado del conde de Saboya, bajó á Italia con un ejército cosmopolita; avanzó hasta seis leguas de Nápoles en octubre de 1382 y después empezó á conquistar penosamente el reino; pero murió en Bari el día 21 de septiembre de 1384. Dejaba un heredero de sus pretensiones, su hijo Luis II, que tenía entonces siete años



Moneda de Felipe *el Atrevido*, duque de Borgoña

El reino de Nápoles quedó profundamente perturbado. Urbano VII, que había combatido con Carlos de Durazzo contra Luis de Anjou, riñó con él, le excomulgó y le declaró decaído. En 1385 predicó la cruzada contra él. Pero Carlos fué á morir en Hungría, donde reclamaba la corona: á su vez no dejaba más que un hijo de menor edad, llamado Ladislao.

Así, una vez más, el papado atraía hacia Italia las armas francesas. Daba el reino de Nápoles, del cual era señor soberano, á un príncipe de la segunda casa de Anjou, como lo había dado en el siglo XIII á un príncipe de la primera casa de este nombre. Se suscita otra vez para Francia la cuestión napolitana. Llegará el día en que el rey de Francia heredará los derechos de los angevinos á la corona de Nápoles. Para hacerlos valer, Carlos VIII inaugurará, á fines del siglo XV, las guerras de Italia, en las que la realeza francesa encontrará, mezclados con éxitos y con victorias, tan grandes dificultades y tan serios disgustos.

(1) Sobre la primera casa de Anjou, véase el tomo primero, págs. 476 y siguientes, y págs. 484 y 486. La primera casa de Anjou, cuyo jefe fué Carlos I de Anjou, hermano de San Luis, ya no poseía el Anjou que Carlos II de Anjou había cedido á Carlos de Valois, reunido á los dominios reales al advenimiento de Felipe de Saboya y dado por Juan *el Bueno* á su hijo Luis, jefe de la segunda casa de Anjou. Pero dicha casa tenía, fuera de Francia, posesiones, títulos, derechos y alianzas muy extensas. Reinaba en Nápoles y en Provenza. Tenía *in partibus* el reino de Jerusalén, á consecuencia de la adquisición que había hecho Carlos I de los derechos de María de Anjou. Dos príncipes angevinos llevaron el título de emperador de Constantinopla y reinaron en Acaya. Carlos, apellidado Martel, nieto de Carlos I, fué rey de Hungría y murió en 1295; su hijo, Carlos Roberto, rey de Hungría († en 1342), casó con Isabel de Polonia; su nieto, Luis *el Grande* († en 1382), fué rey de Hungría y de Polonia. No dejó más que hijas: una de ellas, María, casó con Segismundo de Luxemburgo, el futuro emperador, que fué rey de Hungría; otra casó con Josellón, gran duque de Lituania, que después fué rey de Polonia. Carlos, duque de Durazzo (en Albania), era nieto de Juan, octavo de los hijos del rey de Nápoles Carlos II.